

## SIEMPRE LA CLARIDAD VIENE DEL CIELO

Entre mis poetas fundamentales se encuentra el zamorano Claudio Rodríguez, que dejó impreso uno de los endecasílabos más rotundos de la Literatura española: “Siempre la claridad viene del cielo”, es decir, de la luminaria que da vida a las cosas. Y añadía: “Es un don”. Cuando he visto la evolución pictórica de Nacho Lobato, he pensado inevitablemente en que su obra artística tiene el mérito de que surge inspirada por la luz y que, desde luego, en él, el arte es una cualidad innata, que lo posee. Pero al mismo tiempo, es un don carismático: sus cuadros nacen del afán de comunicarse, de hacer extensible a otros sus propias interrogaciones y enigmas, lo que constituye el misterio, de aquí que necesite la complicidad del espectador para hallarle sentido a su actividad pictórica. Por otra parte, su pintura tiene una proyección humanística: no se queda sólo en la mera expresión de la realidad sino que es una exteriorización de un mundo que interiormente le puede y al que él intenta darle forma a través de creaciones artísticas en las que, incluso, la palabra escrita tiene cabida; proceso contrario a lo que sucede en la poesía visual, donde las formas y las imágenes se ponen al servicio de las palabras. Luminosidad y pensamiento son, pues, las fuentes que emanan de sus pinturas.

Paisajes de interior, título con el que ahora se resume la exposición, es un salto de calidad en la evolución de este artista. Quienes conocemos su obra anterior, que se enclava dentro de una pintura abierta a múltiples variantes, intuimos un cambio radical, por no llamarla de asentamiento hacia un camino definido, en la producción artística de Nacho Lobato. Formatos preferentemente de grandes dimensiones, versos a modo de graffiti como recursos imprescindibles para la configuración global de sus cuadros, escritura braille o la utilización del metacrilato o de cubos de madera son sólo la materialidad, el soporte sobre el que se sustentan las ideas que invaden estas tablas. A la vez, se puede adivinar mucho trabajo de mesa –sobre todo en lo que se refiere a lo expuesto en la última sala–, mucho cálculo matemático, mucha proporción áurica, en suma, mucha técnica en la que la luz artificial, la iluminación clara y los contornos contrastados también desempeñan un papel primordial. Es en esos soportes materiales donde habitan, curiosamente, los abundantes platas, blancos y negros de las pinturas: gama monocroma que, a medida que se avanza en la visualización de la exposición, termina dando lugar al color, en una gama ácida. La sensación última que se percibe en estas superficies –al menos, la que yo he percibido– es de armonía lineal, de equilibrio en la desigualdad, de textura inevitable para un contenido tan intensamente personal como el que toma protagonismo en estas representaciones pictóricas y que tiene su imagen visionaria, sobre todo, en las cigüeñas, el elemento

representativo que, tras visitar la muestra, mejor queda grabado en la retina del espectador.

Que sea en Cáceres donde Nacho Lobato inaugura esta exposición, una ciudad donde él reside, donde las cigüeñas son tan importantes como las torres o las murallas que delimitan el casco antiguo, no es casualidad sino causalidad. Las cigüeñas adquieren valor simbólico particular: representan el vínculo entre el cielo y la tierra; duermen en las alturas, se alimentan en los basureros. ¿De qué mejor imagen se puede apropiarse Nacho Lobato para la expresión de esos paisajes que habitan su alma? Consecuentemente, el efecto, la proyección de ese mundo suyo, cabe en la encarnación de estas aves. Como sucede en el simbolismo, ellas dicen mucho más de lo que aparentemente dejan ver: se muestran entre lo elevado y lo más bajo o mezquino de la tierra; reparten su actividad física entre las dos realidades para expresar una sola forma de vida. Creo que fue el poeta y ensayista polaco Adam Zagajewski quien reparó en el término *metaxú*, tomado de Platón: estar “entre”, entre lo concreto, rutinario, e incluso rastrero o mísero, y lo trascendente, lo arcano, lo misterioso. La obra pictórica de José Ignacio Lobato es dueña de ese “entre” para expresar una sola dimensión: la de su propia interioridad, siempre en tensión; el vuelo al que vuelve una y otra vez, como revela en alguno de los textos recogidos en la muestra. No sin razón, son dos los cuadros –“Catedral I” y “Catedral II”– en los que homenajea a Friedrich, el pintor romántico alemán creador de los llamados paisajes íntimos, cultivador de una metafísica de la luz, propia del cristianismo neoplatónico. De él es la proyección del mundo dual que presenta Nacho Lobato, donde lo terrenal y lo espiritual se delimitan perfectamente. De él, también, el afán de elevación, de altura, de fervor, que invade estas tablas. De él, finalmente, el sentimiento metafísico, inaprensible, con el que las resuelve. En este orden de cosas, es significativo –por poner un impresionante botón de muestra– el cuadro titulado “Hundido II” en el que se distingue a tres personas aparentemente vencidas, con las caras tapadas con las manos, preguntándose qué ha sucedido; tres maneras de expresar lo mismo y que suponen un interrogante emocional de Nacho Lobato a un mundo, repito, dualista, en el que la frecuencia de luces y sombras dilata los sentimientos de impotencia del hombre. En contraste con esta visión derrotista, se halla la fuerza emotiva de las distintas tablas de paisajes, como si la auténtica humanización se encontrara presente sólo en la Naturaleza y ésta fuera el mejor referente de lo espiritual.

“Lo invisible es esencial a los ojos”, proclama Saint-Exupéry, en su memorable *El principito*, texto del que se apropia nuestro artista para explicar al invidente –podría entenderse como metáfora del ser humano– que la auténtica realidad está a su alcance y es una celebración del espíritu. Sorprende así que la paradójica aidez de comunicación, con el recurso de la escritura braille, no

sea más que un mero pretexto del artista para reclamar una visión trascendente del arte y de la vida. El mismo Friedrich le exigía a una obra artística que le elevara el espíritu. Nacho Lobato creo que lo consigue: nos eleva el espíritu, no sólo recurriendo al motivo de las cigüeñas, o a las proyecciones de los árboles en el río – precioso cuadro ése, "Reflejos", con un punto de fotografía antigua – o a los equilibristas, sino enfrentándose a las alternancias de colores, al uso del sfumato, en fin, a todo aquello que trae a la memoria lo que yo destacaba al principio: "Siempre la claridad viene del cielo. Es un don"; un bien natural del que sabe dar cuenta con esta muestra tan de mi gusto y, espero, de todo el que la visite.

**Carmelo Guillén Acosta**

Poeta. Director de la Colección Adonáis de poesía.